

DE CEREBROS SOLOS QUE MEDITAN*

Alberto MORETTI

Imaginando circunstancias extravagantes, pero de obediente prolijidad, Putnam⁽¹⁾ ha procurado aislar objetos, capacidades o sucesos, de los que podría pensarse constituyen ejemplos de representaciones per se, o medios suficientes para que, de alguien (o algo) que los posea o utilice, se diga que representa o refiere a alguna cosa.

Luego apeló, sucesivamente, a varias intuiciones, que creyó claras y normales para criaturas como los seres humanos civilizados, a fin de mostrar que el objeto o capacidad pretendidamente representacional, examinado bajo esa luz familiar, no cumple las expectativas iniciales. Episodio ingrato que, sin embargo, descubre cada vez, una desapercibida condición aparentemente necesaria para el referir, y cuya posible suficiencia estudiará con igual recurso al ethos semántico. No es ocioso observar que la solidez de las intuiciones auxiliares que dan estímulo al análisis, disminuye con el progreso del empeño excéntrico en la elaboración de la serie de notables situaciones imaginarias.

La cadena de casos curiosos se interrumpe cuando su examen sugiere que, sin el concurso de cierto vínculo causal⁽²⁾ entre denotado, usuarios y signo (con su cortejo inevitable de disposiciones conductuales, capacidades epistémicas y relaciones históricas) no puede decirse que algo refiere a otra cosa, ni que un ser humano normal refiere a una cosa mediante otra.

* Este trabajo fue leído en el Coloquio sobre Lógica y Filosofía del Lenguaje realizado en la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico el 8 de noviembre de 1991. Sobre el extraño caso de Putnam y su cerebro, *Páginas de Filosofía* publicó, en julio de 1992, un agudo artículo de Manuel Comesaña que reconoce un origen similar. Quizás ese motivo socio-histórico, o el mero gusto de ampliar la coincidencia, justifiquen la publicación de este otro que esperaba, y ya no, alguna reformulación beneficiosa.

¹ Putnam, H. "Brains in a vat", capítulo 1 de su *Reason, Truth and History*, Cambridge, U.P., 1981.

² Ni tan exigente como para requerir siempre un nexo causal directo, ni tan permisivo como para que cualquier nexo indirecto cuente como causal.

Logrado este módico saber sobre el nexo entre lenguaje humano y realidad -que por gracia de aliento onomástico, llamaremos teoría causal de la referencia- se plantea una pregunta interesante y también se renueva una tentación antigua. La pregunta: ¿en qué condiciones podrá decirse que dos personas, usando el mismo signo, refieren a lo mismo? Si convencidos de la teoría causal, responder parece fácil. Hasta que aparece el problema de cómo se constituyen los objetos y la sospecha de que, en rigor, nadie sabe exactamente a qué se refiere con sus términos, ni necesita saberlo si lo único que desea es permanecer vivo durante un período considerado normal⁽³⁾. Lo cual sugiere que es ilusoria la búsqueda de explicaciones de la referencia sustentadas en relaciones pretendidamente más básicas. Sugerencia alentada también por un comentado argumento del mismo Putnam, basado en la fascinación que suele producir la metateoría conjuntística de los lenguajes de primer orden⁽⁴⁾.

La tentación azuzada por haber hallado algunas precisiones sobre la relación referencial, es aquella de obtener conclusiones acerca de la realidad basadas en premisas semánticas. Este será el tema en lo que sigue.

II

El extraño caso del cerebro y la cubeta (el último de la serie febril aludida en I) es la ocasión donde pretender que la teoría causal de la referencia conduce al conocimiento de que hay un mundo externo a la mente y que, entonces, serán los escépticos quienes no encuentren lo que buscan (también ellos buscan: su curiosa meta es no encontrar).

El problema comienza cuando se nos invita a considerar la siguiente situación, en apariencia, posible: supóngase un cerebro humano separado y viviendo en el fondo de un balde provisto de nutrientes adecuados, y conectadas sus terminales nerviosas con una computadora que le causa las mismas experiencias individuales que el mundo le causaría, de no haber mediado tan peculiar accidente. El mundo mental de ese cerebro (sensaciones, creencias, deseos,...) sería indistinguible del que animaría a

³ Claro que, cuando *de jure* se pone en cuestión cuál sea el lapso de sobrevivencia normal (individual y para la especie), las observaciones sobre la duración media *de facto*, no ayudan mucho.

⁴ Cfr. Putnam, H. "Models and Reality", J.Sym.Lg., 1980; y su *op.cit.*, capítulo 2.

una persona "normal" que le hubiese dado cobijo en su oscuro cráneo, a la sazón vacío. Conversamente, una persona "normal" que, por ejemplo, creyese estar considerando cierta historia fantástica sobre un cerebro iluso y solitario, debería reconocer que no tiene razón alguna para preferir esa creencia en desmedro de aquella que hace, de tales reflexiones, un ejercicio autobiográfico.

Putnam trata de mostrar que nadie puede, genuinamente, pensar esta posibilidad. De donde, concluye, es filosóficamente imposible que creamos posible que seamos cerebros solos que meditan ilusiones. El escepticismo radical carece de fundamento. Correspondientemente, una tesis que él considera esencial para el realismo metafísico -vinculada con la noción no epistémica de verdad-, la tesis de que, siempre, nuestro conocimiento de la realidad puede estar enteramente equivocado, pierde todo sustento. Y suena entonces, la hora del realismo interno, con el que Putnam renueva los laurales de Kant. Pero antes de la bienvenida, veamos el argumento.

III

Escribe Putnam: "la suposición de que somos, realmente, cerebros en una cubeta ... no puede ser posiblemente verdadera ... porque, en cierto modo, es autorrefutativa"⁽⁵⁾.

¿Cuál es la suposición? Las primeras opciones son (i) La oración o proposición de los seres humanos son cerebros ocupando baldes; (ii) Nuestro (humano) acto de afirmar que somos cerebros en un balde; (iii) Nuestro (humano) acto de suponer que somos cerebros en balde (en sentido literal, que el otro es menos incierto).

(i) no es autorrefutatoria. (ii) es innecesario para el objetivo de dudar filosóficamente (i.e. no tener prueba incontestable) de que no somos cerebros baldados (algo como dudar de la existencia del mundo externo), de modo que no puede ser el blanco del ataque de Putnam. El problema es con (iii). Así, la tesis de Putnam resulta:

'Somos cerebros en un balde' dicho por cualquiera de nosotros, es autorrefutatorio.

⁵ "Brains in a vat", p. 7.

O bien,

'Soy (somos) cerebro(s) en un balde' dicho por (cualquier) mí, es falso.

O bien,

"H dice (supone) 'Soy cerebro en balde'" implica (¿lógicamente?)
 "'Soy cerebro en balde' es falsa".

Como esto valdría para cualquier H, la tesis equivale a,

"H dice 'Soy cerebro en balde'" implica (lógicamente) "'Soy cerebro en balde', dicho por H, es falsa".

Y el argumento que concluye con esa tesis parece ser:

- (1) H es un cerebro en balde.
- (2) H dice 'Soy un cerebro en balde'

Pero es una consecuencia de la teoría causal de la referencia que,

(3) Si H dice 'Soy cerebro en balde' en su lenguaje P, entonces, en el lenguaje L en que se está formulando este argumento, H dice 'Soy cerebro sólo mentalmente en balde'

De (1) se sigue -Putnam dixit- la consecuencia (4):

- (4) Si H es cerebro en balde, entonces H no es cerebro sólo mentalmente en balde.
- (5) Si H dice, en L, 'Soy cerebro sólo mentalmente en balde', entonces H dice que H es cerebro sólo mentalmente en balde.

Ahora, de (1) y (4):

(6) H no es cerebro sólo mentalmente en balde.

Y, reuniendo (3) y (5):

(7) Si H dice 'Soy cerebro en balde' en P, entonces dice que H es cerebro sólo mentalmente en balde.

Resultando, a partir de (6) y (7) que,

(8) 'Soy cerebro en balde' dicho por H en P, es falso en L.

Pero este razonamiento es ineficaz. Presupone que quien lo presenta, el hablante de L, no es un cerebro alojado en algún cubo. Porque sólo bajo esta presuposición se justifica el paso desde (1) hasta (4), esto es, la idea de que parte de lo que (1) quiere decir es que, de hecho, H es cerebro en balde, no meramente que H piensa que lo es.

Pero ¿cómo sabe el argumentador que su lenguaje es L y no P? (i.e.: ¿cómo sabe que no es un cerebro en balde?). Esta es, en el contexto, la pregunta del escéptico. La única conclusión que lo refutaría, en esta discusión, sería: 'Soy cerebro en balde' dicho en P, es falso en P. Pero, es claro, si se sostiene la teoría causal de la referencia, en P no hay fundamento para (4).

IV

Hay otro argumento, afín al anterior, que Putnam esgrime con el mismo propósito de derribar al escepticismo y al realismo metafísico con un solo y confiado disparo semántico⁽⁶⁾. Cabe reconstruirlo como sigue.

(0) Se adopta la teoría causal de la referencia y se acepta la significatividad de 'Soy cerebro en balde'.

(1) Soy cerebro en balde o no soy cerebro en balde.

Suposición: (2) Soy cerebro en balde.

(3) (Por la teoría causal) Si soy cerebro en balde, entonces soy cerebro sólo mentalmente en balde.

(4) (De 1) Si soy cerebro en balde, entonces no soy cerebro sólo mentalmente en balde.

(5) (De 3 y 4) Si soy cerebro en balde, entonces soy y no soy cerebro sólo mentalmente en balde.

(6) (De 5) No soy cerebro en balde.

(7) (De 2-6) Si soy cerebro en balde, entonces no soy cerebro en balde.

(8) Si no soy cerebro en balde, entonces no soy cerebro en balde.

⁶ "Brains in a vat", p. 15.

(9) (De 1, 7 y 8) No soy cerebro en balde.

Por lo tanto, bajo la condición (0):

(10) Necesariamente, no soy cerebro en balde.

Si este argumento fuese correcto, mostraría que ningún cerebro en balde puede concebir que lo sea (ni siquiera puede expresar la hipótesis de que lo es), de manera que, para él, es imposible que él sea cerebro en balde. Pero no parece necesario que las propiedades posibles para A coincidan con las propiedades que A cree posibles para A. Si nuestras capacidades semántico-epistémicas nos obligan a creer (o conocer en nuestro sentido) que no somos cerebros en balde, de esto no se sigue, en general, que no lo seamos. Salvo que lo que es sea siempre lo que es-para-nosotros; es decir, salvo que se acepte algo muy parecido al realismo interno. Pero entonces, esta tesis requiere otro argumento. El que estamos estudiando no puede suponerla y pretender, simultáneamente, estar ofreciendo buenas razones en su favor.

Pero hay motivos para pensar que el argumento es incorrecto. En esencia, negar que el razonador tenga fundamentos (bajo las condiciones que establece (0)) para obtener (4) desde (1). Por el contrario, él habrá de argüir:

(2) Soy cerebro en balde.

(3') (Por 0) Si soy cerebro en balde, entonces 'Soy cerebro en balde' significa para mí que soy cerebro sólo mentalmente en balde.

(3'') (Por 0) Si soy cerebro en balde entonces 'en balde' significa para mí lo mismo que 'sólo mentalmente en balde'.

(3''') (Por 3'') Si soy cerebro en balde, entonces 'No soy cerebro sólo mentalmente en balde' significa lo mismo que 'No soy cerebro sólo mentalmente sólo mentalmente en balde'.

(4') (Por 3''') Si soy cerebro en balde, entonces no soy cerebro sólo mentalmente sólo mentalmente en balde.

Y, se advierte, con (4') en lugar de la anterior (4), no puede extraerse la conclusión que Putnam necesita.⁽⁷⁾

⁷ Hay otras variantes sugeridas por el esquivo texto de Putnam. Ninguna convincente; pero su examen detallado puede postergarse ahora, como represalia -quizás- por tanta ambigüedad originaria.

Hemos atendido un influyente intento por obtener consecuencias ontológicas de largo alcance, con el auxilio de la teoría del lenguaje, en este caso, de la teoría de la referencia. Y presenciamos, otra vez, su frustración.

Universidad de Buenos Aires